

ARENAGA CIVICA  
QUE  
EN 16 DE SEPTIEMBRE DE 1830,  
ANIVERSARIO DEL GLORIOSO GRITO  
DE DOLORES,  
PRONUNCIO,  
EN MEMORIA DE EL,  
EN LA PLAZA MAYOR DE MEJICO,  
EL C. FRANCISCO MANUEL  
SANCHEZ DE TAGLE

MEJICO: 1830

COLECCION DE DISCURSOS PATRIOTICOS  
JORGE DENEGRE VAUGHT PEÑA

# ARENAGA CÍVICA

QUE

EN 16 DE SEPTIEMBRE DE 1830,  
ANIVERSARIO DEL GLORIOSO GRITO

**DE DOLORES,**

PRONUNCIÓ,

EN MEMORIA DE EL,

EN LA PLAZA MAYOR DE MEJICO,

*EL C. FRANCISCO MANUEL SANCHEZ DE TAGLE,*

ELEGIDO AL EFECTO

POR LA JUNTA PATRIOTICA.

---

MEJICO:  
IMPRESA DEL AGUILA,

**P**UEBLOS: un Dios omnipotente rige vuestros destinos, y con dedo infalible marca el *hasta aquí* de vuestra prepotencia, ó de vuestra abyeccion. En vano reunido todo el esfuerzo de los hombres procuraría aprocsimar, ó alejar una sola pulgada ese sagrado valladar, pues inamovible, como el que le trazó, se estrellarán contra -él todos los embates de la ambicion y de la tirania; mejor diré, antes de llegar á él depondrán su hinchazon, y vendrán á lamerle mansamente, como á la playa las olas del Océano.

¡Venturosa noche del 15 de Septiembre de 810, tú estabas destinada para aurora de nuestra libertad, y en el libro de los eternos decretos escritos con letras de oro los nombres de los héroes que te habian de hacer mas luminosa que el astro de los dias! ¡Qué esfuerzos no hicieron nuestros progenitores por apresurar tu llegada!: ¡Cuantos suspiros sufocados dentro de la garganta, cuantas lágrimas ocultadas con mano cuidadosa les costó tu tardanza! Por el contrario, ¡qué de esquisitas precauciones y medidas, diestramente combinadas, dictó á nuestros antiguos dominadores el deseo vehemente de alejarte cuanto mas se pudiera!; ¡inútil anhelar, temerario impedir! Aquellos bajaron al sepulcro con el tormento de su deseo; estos sufrieron el de ver burlados sus co-

## 4

natos por un poder irresistible; y tú ¡ó noche!  
 llegaste, para ventura nuestra, ni antes ni des-  
 pues del punto prefijado por el Arbitro Supremo  
 de los tiempos y de los eventos humanos. Apa-  
 reciste al modo que la nube conductora de Israël,  
 toda luz y brillo para el americano, toda obscu-  
 ridad y confusiones para el gobierno que le opri-  
 mió trescientos años. Tú, dando principio á la  
 heroica lucha de la justicia y la naturaleza, con-  
 tra la usurpacion y tirania, que estaba decretado  
 fuesen vencidas para siempre, abriste la época,  
 bendita millones de veces por la presente gene-  
 racion y las futuras, y que consideramos, con ra-  
 zon, como el término de una esclavitud, y de unos  
 males que ya no volverán á renacer.

¡O, si nos fuese dado arrancar á la muerte  
 y al sepulcro las *presas* que ávidamente devora-  
 ron, como reanimaríamos hoy los helados restos  
 de nuestros padres y de nuestros libertadores, y  
 estrechándolos fuertemente entre los brazos, diría-  
 mos á los unos: mirad la época que os costó tan-  
 tas ansias, y que no plúgo al cielo llegase en  
 vuestros días; y á los otros: regocijaos en vues-  
 tra obra; el sacrificio de vuestras vidas fué el  
 precio de tan inestimable bienestar!. Mas ya que  
 el poder de los vivos no se estiende al reino de  
 los muertos, al menos, sagrados manes de nues-  
 tros héroes, descendad del Olimpo, donde habitais  
 eternamente venturosos, y aunque invisibles, sed-  
 nos hoy compañeros, complaciendoos en las dichas  
 de vuestra cara patria, mientras yo se las hago

## 5

gustar á vuestros hijos repasando sabrosamente vuestras intenciones y deseos.

Conciudadanos: á nuestros padres nada quedó que hacer por nuestro bien, pero á nosotros nos falta que hacer mucho por su gloria. Héros ellos, y objetos de bendicion para nosotros, deben serlo, igualmente, para todas las naciones de la tierra. Con sus acciones inmortales compraron lo primero, solo nuestros hechos pueden grangearles lo segundo. Por ellos somos libres é independientes: en estos dones nos legaron la obligacion de proceder de tal manera que todo el mundo deba bendecir y admirar el beneficio y á los benefactores. Las acciones de nuestros padres van á decirnos lo que debemos hacer para no malograr sus beneficios. En ellas vereis de qué nos libertaron, qué fué lo que nos dieron, y qué es lo que nos piden. Suspended por un rato el justo regocijo de este dia para prestarme oidos benévolos.

Lejos de mí el criminal designio de remover y fomentar ódios funestos y que reprueba vigorosamente la santa religion que profesamos. Si me propongo trazar el cuadro de nuestro pasado abatimiento, es solo para que, volviendo vuestros ojos un rato al punto de donde partimos, conozcais los males de que fuimos librados, y aborrezcais la dominacion que los causaba; pero sin hacer estensivo el ódio á los inocentes que nos acompañaban á sufrirlos. Quédese para Anibal y otros héroes del paganismo jurar ódio implacable á los romanos,

que los Hidalgos, Allendes y colibertadores, tan héroes como cristianos, sabian distinguir la dominacion del dominado, y al opresor del oprimido.

Y volviendo al intento: ¿qué éramos ha veinte años? ¿Lo recordais, amigos?; tal vez no, porque almas generosas, como las de los mexicanos, pasado el mal y los agravios, los entregan absolutamente al olvido. Veinte años ha que el vilipendio y abyeccion en todas líneas, eran nuestro patrimonio comun. Alienígenas en el fértil suelo que nos habia visto nacer le fecundaban nuestros sudores, para que se nos pudiese aplicar lo del Mantuano: *Sic vos non vobis*.

Los que nacia de padres desacomodados mamaban leche sin vigor, en ubres descarnadas, y perecian inmaduramente víctimas de mil enfermedades, consiguientes de la escasez, ó si se las hacía superar la naturaleza era para crecer en denegridas chozas, dignas mas bien del nombre de pocilgas, para heredar todas las miserias y vicios de sus progenitores, y para ser mas infelices y peores que ellos. Tales hombres ¿qué educacion podian dar á sus hijos? ¿ni como desprenderse de ellos cuando llegaba el tiempo mas precioso para aprender, y adquirir hábitos, que es el de la niñez y juventud, si ya entonces, aunque con tiernos brazos, ayudan á los padres á ganar el escaso alimento? ¿Como, en tal estado, podría crecer la poblacion, ni habria un verdadero y racional amor á la propagacion, para aumentar la miseria personal y el número de los

desgraciados? Indígenas, descendientes de los antiguos mejicanos: razas mistas, diseminadas por la vasta estension del Anáhuac; de vosotros hablo, y á vosotros apelo: vuestra condicion era peor que la de esas bestias humildes compañeras vuestras en la carga, y vuestro número asombrosamente disminuido, á pesar de la fecundidad con que os dotó naturaleza, evidencía la detestable conducta de un gobierno ambicioso que, ignorando él mismo sus verdaderos intereses, no cuidaba siquiera de multiplicar á los que miraba como rebaños productores.

Menos infelices, pero igualmente despreciados, los que tenian la casualidad de nacer de padres mas favorecidos de fortuna, pasaban una infancia oprimida que amilanaba sus espiritus, y los habituaba á no estrañar, cuando mayores, el despotismo y baldones de sus gobernantes. Un colegio era el destino de los mejor tratados, donde casi se inhabilitaban para otras carreras que la *eclésiástica* y del *foro*. Ni habia en ellas que esperar, por término de los afaes estudiosos, los puestos altos y bien dotados: un gobierno corrompido y venal, por mácsima política, buena para su fin, pero tan inicua como él, tenia relegados de los empleos de elevacion é influjo á los hijos de Anáhuac, y condenados á contentarse, á lo mas, con puestos subalternos, vociferando para nuestro vilipendio que los criollos no eramos para nada. /

Gobierno bárbaro: ¡cuan á tu costa, y para

infamia tuya, hemos acreditado que mentias!; pero si hubiera sido cierto que eramos pu-tilaunines, ¿quién nos había acuitado el espíritu, sino tu despotismo, y el menosprecio con que desde la cuna nos tratabas?: Si que eramos apáticos, ¿á quien lo deberíamos, sino á ti, que nos tenias solo destinados á estudios abstractos y sedentarios?: Si, en fin, que no sabiamos aumentar ni aun conservar los bienes, que el golpe de la muerte hacia saltar de manos de nuestros padres á las nuestras, ¿cual sería la causa, sino el hacernos pasar, improvisamente, de la opresion al goce de la libertad, de la ignorancia é inesperienza al giro y consiguiente aturdimiento? ¡Qué mucho no sepa conservar aquel á quien nunca se le enseñó á adquirir! ¡Qué tiene de admirable, quiera gozar, y abuse, el que siempre se ha mantenido en la privacion y en el deseo!.

Dejemos ya el, para nosotros, espinoso campo de la vida privada y del interés individual, y recorramos el de los males públicos.

Las leyes son en él lo primero que se presentará á vuestra vista, y bajo de este nombre un caos de disposiciones individuales, hijas del capricho de un déspota, ó de sus mandarines; arrancadas á veces por el favor y por el oro; dictadas siempre á dos mil leguas de distancia, y sin el menor conocimiento de las personas que debian observarlas y de los casos á que habian de aplicarse. Esa inmensidad de *pragmáticas, cédulas, reales órdenes*, recopiladas y sin recopilar, eran la



legislacion que nos regía, á beneplácito de nuestros gobernantes inmediatos: llamábanse leyes, aunque nada fenian de lo que constituye la esencia de una ley, y á pesar de ser absolutamente imposible, en su contradiccion y multiplicidad, arreglar á ellas las acciones. Hed aqui el primer origen, y el invencible baluarte del despotismo judicial, que, en idénticos casos, encontraba siempre apoyo para contradictorias sentencias, de las que los togados semidioses escogian á su antojo la *afirmativa ó negativa*, segun les dictaba el empeño, el cohecho, ú otro principio semejante.

¿Y cómo, y á quien quejarse de las injusticias, por escandalosas que fuesen, aun suponiendo para emprenderlo suficiente caudal? Los tiranuelos y los tiranos altos, colocados de este y del otro lado de los mares, éra preciso que se sostuvieran mutuamente para no interrumpir la cadena de la dominacion opresora, y aventurar el que miraban como supremo bien; y era igualmente natural que nuestros desconocidos señores diesen mas crédito á sus satélites, que á nuestros compatriotas, resultando por consiguiente la subsistencia del agravio, y una ulterior persecucion mas enconada.

Si respecto de las leyes civiles y criminales sufríamos tanto mal, ¿qué deberemos decir de las económicas? Sancionadas sin conocer á las personas que debian soportar los impuestos, y, lo que es peor, sin noticia de la estadística y recursos del pais, pues de ella carecieron los mas

de los ministros españoles, ¿cómo podrian las contribuciones proporcionarse en su establecimiento á la riqueza territorial, y en su exaccion á la posibilidad del individuo? Esas leyes, contrariando las de la naturaleza, nos prohibian cultivar, y nos castigaban recoger frutos que espontaneamente produce nuestro suelo. Sí: fué un tiempo en que no podiamos comer el aceite de nuestros olivares, ni beber el vino de nuestras viñas, ni el alcohol de nuestras suertes de caña, ni tejer nuestras sedas y algodones, sino hasta cierto punto de tosquedad en la tela, ni... ¿mas para qué me canso, si casi no hay una disposicion de las económico-legales de aquel tiempo, que no dé solemne testimonio de que en todo se nos sacrificaba al fomento del comercio, agricultura é industria peninsulares.?

Por este motivo y por el igualmente poderoso de que no fuéramos conocidos y tratados, se alejaba, con tan severas penas, de nuestros puertos al extranjero y sus manufacturas, y aunque se permitía que nos llegasen las segundas, era despues de ir á la península á purgar el pecado de origen, á fin de que las comprásemos á precio tiple, y engrosar con nuestra substancia á aquellos comerciantes.

Una política mezquina y espantadiza era preciso que se rodeara de precauciones para no dejar escapar la saboreada presa, y que invocase en su auxilio los dioses, y á los hombres. Asi fué que con tan empeñoso celo se impedía la entra-

## 11

da y castigaba la lectura, no tanto de libros verdaderamente impios ú obcenos, cuanto de los inocentes, y escritos con sabiduría, pero que nos pudieran descubrir nuestros derechos; descubrimiento siempre, y con razon temido de los déspotas. Por lo mismo se declaraban hereticas máximas que nunca reprobó el Evangelio Santo, ni la Iglesia de Dios; y un tribunal terrible, armado del anatema y de la hoguera, usurpando ya el Santo nombre del Señor, y ya el del rey, perseguia hasta el esterminio, al que había tenido la desgracia de pensar como los hombres grandes de todos los siglos y naciones; de tener á los príncipes en todo lo que son, pero en nada de lo que quieren ser; de ver á los de España como á usurpadores; y de burlar sus ridículos títulos de dominio sobre esta preciosa porcion del universo.

*Libertad, propiedad, seguridad individual* eran nombres, unos vacios de sentido y otros apatematizados en nuestro suelo. Esos sagrados derechos que forman la cadena de oro que retiene á los hombres en sociedad, y se las hace amable, contrapesando gravámenes inseparables de la union, estaban substituidos entre nosotros con la cadena ferrea del despotismo, del temor y de las preocupaciones civiles y religiosas.

De esta manera arrastrábamos una existencia triste y automática, solo en provecho de nuestros dueños; tan aislados y tan desconocidos del resto del universo, que no solo el comun de sus habitantes, pero aun la mayor parte de los sa-

bios de Europa apenas sabia que existían las Américas, mas no qué clases de hombres las habitaban, ni cuales eran sus costumbres, ilustracion é instituciones; y aun en los mapas geográficos se nos colocaba con errores crasísimos.

Por tales medios logró España, durante tres centurias, retener lo que le habia procurado un aventurero atrevido y feliz, que supo prevalerse de la supersticion y divisiones de nuestros ascendientes: pero estos mismos medios le ocasionaron el perderlo, porque el fuego comprimido al fin estalla, y la naturaleza contrariada al cabo, al cabo se abre paso y sigue sus leyes inmutables.

„¿Hasta cuando, se dijeron nuestros libertadores y padres, hasta cuando hemos de ser extranjeros en nuestro propio pais, y fecundarle con sudores, para que saboreen otros sus frutos? ¿Será por siempre que tengamos que sufrir la esclavitud, y aparentar que nos es grata? ¿Por siempre torcer el rostro, para ocultar el llanto que nos arranca la triste suerte á que están condenados nuestros hijos? ¿Por siempre espectadores de opulentas mesas, nos habremos de contentar con las migajas? ¿Desde otro mundo diversísimo seguirá siempre dándonos leyes, y juzgándonos, el capricho voluble y ciego de quienes ni siquiera nos conocen? ¿Para siempre nos estará entredicha la facultad de hablar y de escribir, y aun la libertad de pensar? ¿Podría ser que un Dios justo y equitativo por esencia, destinase millones de hombres al mal y al aprovechamiento de unos pocos? No

así, no así; detestémos ya una existencia vergonzosa; rompamos unos hierros, que solo han sido fuertes por no habernos resuelto á destrozarnos. La naturaleza ha marcado el tiempo de nuestra virilidad, sigámos sus impulsos. Pereceremos, sí, pero *non omnes moriemur inulti*, y el deseo de consumir la empresa será, en nuestros sucesores, precioso gérmen de acciones inmortales: pereceremos, pero legando á nuestros hijos el inestimable don de la independenciam; ellos poseerán por nosotros, la tierra que les destinó el cielo, reglarán sus destinos y tendrán una patria: en fin, pereceremos, pero, con la muerte de los héroes, y mientras haya hombres que sepan apreciar su dignidad, y las grandes acciones, no se verán nuestras huesas vacías de flores y de ofrendas.”

Sí, varones clarísimos, tal fué vuestro lenguaje en la célebre noche del 15 de Septiembre, y en nada os engañasteis. El sacudimiento terrible que imprimió vuestro brazo á las pesadas cadenas con que eran oprimidas vuestras y nuestras manos, se comunicó hasta su otro extremo, y atravesando la inmensidad del Océano, sin minorar y sin debilitarse, rompió las antiguas argollas que las mantenían enclavadas al pie del trono Ibero, pulverizó los eslabones y comenzamos á ser libres y á poder ser felices.

¡Qué espectáculo tan magestuoso el que presentamos por esa época! Un mundo todo nuevo para las antiguas naciones, saliendo, al parecer

de ellas, de entre las aguas del Océano, como el astro de la luz, y del caos primero, donde habia estado sumido el tiempo que cuentan ellas de existencia, se ofrece de improviso á sus ojos atónitos. Le ven con todo el vigor juvenil, y todas las gracias y bellezas de la primera edad. Ven millones de hombres, como producidos repentinamente por el *fiat* del Hacedor Supremo: hombres capaces de todo, ansiosos de ejercitar los talentos y brazos que hasta allí habian tenido sin uso provechoso, y que mostraban en todo el exceso de vida. Vieron un suelo con todos los climas y producciones conocidas, y en que la sucesion de estaciones no priva á los habitantes de los frutos propios de cada una. Vieron los criaderos de las perlas, del oro y de lá plata, intactos unos, y otros, aunque explotados, tan ricos como si nada se les hubiera estraído. Vieron, en fin, el antiguo Eden, brindando con toda clase de delicias, y un campo sin límites abierto á las ciencias, á las artes y á las especulaciones de la industria. Al instante todo se pone simultaneamente en movimiento: los dos mundos unen sus relaciones é intereses, como si se hubiese consolidad el Océano que antes los dividia: corren de allá inmensos capitales á fecundar aquí los ramos productivos, y mil emprendedores laboriosos vuelan á partir con nosotros, en cambio de las delicias de nuestro suelo, sus luces, su esperiencia y su trabajo personal.

Esos profundos senos, donde la atrevida

codicia, no satisfecha con lo que la tierra la ofrece, baja á rasgarle las entrañas para arrancar los preciosos metales que allí oculta, vomitando los mares de agua que los enchian, ofrecieron tránsitos enjutos al minero; vieron suceder á su tenebroso silencio la claridad, el bullicio y los redoblados golpes de diferentes instrumentos; la estática, y mecánica allanan todos los obstáculos, y la *Sacra fames* de oro y plata, como la llama un poeta filósofo, quedó satisfecha á poco tiempo.

Las cuantiosas sumas invertidas en estas empresas, en la apertura y construccion de caminos y puentes, en la conduccion de máquinas y artefactos, derramándose por todos los canales y superficie del Anáhuac, hicieron desaparecer la miseria, y cada ramo se vivificó y recibió desusado vigor.

El nulo comercio extranjero, y el escánime nacional, vieron rotos los diques de los puertos, y millares de buques importar y esportar cuantos artículos solicitan ansiosos la necesidad para proveerse, y el lujo para engalanarse, y con tanta abundancia y baratura que hasta el miserable jornalero pudo ya vestir decentemente á toda su familia, bastándole para ello lo que antes le costaba la sola camisa burda que mal-cubria sus carnes.

Teniendo ya el agricultor facilidad para sus empresas vimos la rapidez con que se rompieron los eriazos campos, se multiplicaron por todas partes las sementeras, se reprodujeron los uti-

les ganados, y se empezaron á cultivar frutos antes desconocidos.

Con igual placer y admiracion notamos los progresos de la industria fabril: abriéronse los cerrados talleres; la multitud de brazos laboriosos, empleados en ellos, no daba abasto á los pedidos; las primeras materias dejaron de ser toscas, y los artefactos reunieron á la utilidad para su objeto, la elegancia y belleza que antes se creian privativas de los de las naciones europeas.

El semblante alhagüeño de los ciudadanos, los multiplicados convites de la amistad, los cantos de placer de los trabajadores, mezclados con el ruido de los instrumentos de su industria; en fin, la alegría pura difundida por todas las calles, plazas y campos, mostraban, sin género de duda, la ecsistencia de una época feliz.

Nada ecsagero, compatriotas: recordad los años de 24 á 26, saboread sus dulzuras, y reconoced conmigo, en ellos, los verdaderos ópimos frutos de nuestra independencia: frutos que, *si mens non laeva fuisset*, habrian continuado en la rápida progresion que comenzaron, haciéndonos objeto de admiracion y envidia del viejo mundo. Esta, y solo esta, fué la obra de nuestros finados libertadores, y la permanencia y consumacion de esos bienes, el ídolo único de su corazon al dar el grito de nuestra libertad, el que sostuvo su vigor en tan multiplicados trabajos, y el que conservó hasta en el latido postrimero.

Que se consiguieran esos bienes os lo acre-



dita, conciudadanos, vuestra misma experiencia; ¿pero se consumaron, ó por lo menos permanecen? ¡Ab! ¿qué fatalidad convirtió en borrascosos nuestros serenos días? ¿Por qué no ha de ser hoy lo que fué ayer? ¿Qué requisito faltó al edificio que levantaron nuestros padres para desafiar la lima de los tiempos? No otro que la cooperacion de parte nuestra, cooperacion que ellos nos pedian, y nos piden, y que no podemos negarles sin un crimen.

Propension natural, ó llámese preocupacion, pero comun y fundada en la naturaleza misma de las cosas, nos hace mirar siempre á los padres en sus hijos, é imaginar, cuando no conocimos á aquellos, que serian idénticos á estos en genio, modales y aun facciones: de aquí seguramente el estímulo mas poderoso en un buen hijo para proceder bien, honrar con sus acciones á su padre.

Es verdad que el heroismo es una cualidad de que cada uno es deudor á sus propios esfuerzos sobrehumanos. Hidalgo, Allende y colaboradores, para ser lo que fueron, y vivir inmortales, no necesitan de nosotros; semejantes á los astros, tienen en sí toda su luz; mas á la manera que ellos, no la difundirán si se les interponen cuerpos densos. Nuestras acciones, conciudadanos, son el medio á cuyo través han de ser vistos nuestros padres: si ellas no fueren á propósito para transmitir su fulgor, los héroes de Anáhuac no aparecerán tales á los ojos de las naciones extranjeras, que no tuvieron la dicha de tratarlos, y que no los han de conocer sino en

nosotros. Ecsijen, pues, nuestros claros mayores, para complemento de su gloria, que los presentémos al mundo como fueron, y en todo el esplendor de sus virtudes, conformando, para ello, nuestras acciones con las suyas, y trabajando en el logro de los objetos á que ellos aspiraron, y os voy á designar ligeramente.

Esos hombres cuyas venerables reliquias regará siempre el llanto mejicano, estaban penetrados de que nada, ó poquísimo, vale desprenderse de un extraño gobierno, y regirse cada sociedad á sí misma, si no remedia los males que sufría, si no adquiere las virtudes y bienes de que estaba privada, y si la independencia ha de consistir solo en mudar los nombres de los *dominadores*, sin mejorar la suerte de los pueblos. Sabiendo que los musulmanes, y otras naciones, sin estar sujetas á extranjero dominio, son mas esclavas é infelices que muchas que lo sufren, no habrian, ciertamente, prodigado sus penas y sus vidas para conquistarnos independencia semejante. Nos quisieron independientes de España, para que lo fuéramos igualmente del fanatismo, de instituciones bárbaras y despóticas, de una política mezquina, de preocupaciones envejecidas y de nuestras pasiones vergonzosas, fruto, en gran parte, de la viciosa educacion que recibiamos. ¿Podrán, en estos puntos, estar muy pagados de nosotros, y vernos desde el seno del Eterno con aquella plenitud de satisfaccion que causa una obra perfectamente buena? Bien sé que los ensayos son siempre difíciles, y muy crasos los yerros de la inespe-

riencia; pero esta verdad que nos disculpará, sin duda, ante los ojos de la filosofía, en nada alterará los hechos de la historia, único objeto del examen que emprendo, no sin repugnancia ni rubor.

Si nuestros padres se levantáran ahora del sepulcro, el regocijo de ver que ya podemos pensar, hablar y escribir libremente, no les compensaría la aflicción que les ocasionara el exceso á que muchos han llevado esas libertades preciosísimas; pues ellos nos quisieron libres, pero no libertinos, ni anarquistas; esentos del yugo de los hombres, pero no de la subordinación al Hacedor Supremo; que no se nos impidiese la lectura de obras instructivas, mas no que ávidamente devorásemos libros detestables que trastornan la religión y la moral.

La moral pública, ese don precioso de los cielos, esa legislación inmutable, sencilla, universal, bastante para hacer felices las sociedades y los hombres, ¿ha tenido progreso entre nosotros, ó, por el contrario, retrogradan las costumbres, y se corrompen cada dia mas y mas?

¿Qué hemos avanzado con tener al frente de los negocios públicos la flor de nuestros conciudadanos, si, lejos de prestarles obediencia y respeto, por el puesto que ocupan, por las tareas que nos consagran y por el interés nacional de sostener el centro de unidad, la paz y el órden, los hacemos blanco eterno de diatribas, objetos de persecución y estímulos de envidias insanas? No es este, no, el camino de que

prosperare, ni aun el de conservarse ninguna sociedad.

Cierto es que ya no son estraños quienes arreglan nuestra suerte: hermanos nuestros, escogidos por nosotros, á par interesados en la prosperidad de la nacion, prácticamente instruidos en sus recursos y nuestras necesidades, son los que nos dictan las leyes, los que cuidan de su ejecucion y los que ecsaminan su infraccion ú observancia. Entre nuestras quejas y los oidos de los que pueden remediarlas no median ya, como antes, un océano con todas sus borrascas, y mil sátrapas con toda su malignidad y sus intrigas. Los ojos de nuestros legisladores, jueces y gobiernos pueden fijarse á cada hora, y en todo tiempo, sobre nuestras acciones y personas; ¿pero estos bienes, verdaderamente inestimables, y sin los que no puede ser feliz nacion alguna, han producido ya efecto entre nosotros? ¿Son los pueblos mas ricos, mas laboriosos, mas virtuosos y de consiguiente mas felices?

Nos hemos dado constitucion análoga á nuestras circunstancias, y conforme á principios filosóficos, y se han sancionado algunas leyes; ¿pero hemos sacado á la jurisprudencia nacional del caos de las compilaciones españolas? Dejándolas subsistir, ¿no hemos, mas bien, aumentado la confusion, enredo, y consiguientes efugios de la arbitrariedad, por la precision de combinarlas con nuestras nuevas disposiciones?

Hemos garantido al hombre, y al ciudadano sus sagrados derechos: ¿pero abolimos, con de-

## 21

testacion, y para siempre, y no hemos recurrido más á tribunales especiales, á comisiones ilegales y á formas ecsóticas incompatibles con aquellos?

Muchas de nuestras leyes han sido bien y sábiamente combinadas; ¿pero se observan con la exactitud, y se miran con el inviolable respeto que correspondia entre republicanos verdaderos? ¿No son tan menospreciadas y olvidadas como los bandos de los antiguos visoreyes? En las que versan sobre contribuciones, sin las que el Estado no puede subsistir, ¿cual es nuestra conducta?: reclamarlas todas y eludir el cumplimiento cada uno por su parte.

Las leyes individuales formaban una de las llagas mortíferas de la jurisprudencia española, pero nuestras leyes de circunstancias no dan muy claro testimonio de que mirásemos aquellas con el horror debido.

Cuando nuestros padres nos quisieron hacer libres de la política mezquina que alejaba de nosotros la instruccion y á los hombres y libros que nos la podían comunicar, estuvieron distantísimos de impulsarnos á los vicios contrarios, y de fomentar preocupaciones, igualmente fuéestas. Demasiado ilustrados para dejar de conocer que las naciones son lo mismo que los hombres, entre quienes no hay uno que se baste á sí mismo, ninguno que no pueda sacar mil ventajas del trato y comunicacion con sus semejantes; no podrian ver con el semblante de la aprobacion medidas que alejen de nosotros el comercio estrangero y la baratatura de sus artefactos, medidas que retar-

den el aumento de nuestra poblacion, y perpetúen tantos campos eriazos, y tantos ramos sin cultivo.

Ellos, que sabian bien ser mas temible el adulator que el enemigo descubierto, y que la prudencia no está reñida con la cautela ni con la franqueza, reprobarian, sin duda, ciertas desconfianzas ecseisivas para con unas naciones, y confianzas ciegas para con otras.

Si nuestros héroes lanzaban suspiros de lo hondo de sus pechos al ver postergados en los empleos de influjo y lustre á los hijos de su querida patria, no era por la vil envidia de no ocuparlos ellos, ni únicamente porque se confiriesen á estraños, sino porque veían postpuesto el mayor mérito, y consideraban mas aptitud, y mejor desempeño en los escludidos. ¿Como, pues, dejarán de reprehender, desde sus tumbas, muda pero enérgicamente, la ambicion desmesurada, la sed de empleos devoradora, que ha llegado al sacrílego estremo de hacer retemblar esas mismas tumbas sacrosantas con el estallido del cañon fratricida, y de salpicarlas con la sangre preciosa que ellos quisieron vivificára los miembros de una familia que adoraban....? ¡Objetos de horror, huid de mi memoria para siempre! ¡Dias de luto y bárbarie, arránqueos la mano de la fraternidad de la historia de Anáhuac, y con el bálsamo del amor y la union cicatrice esas heridas, de suerte que aun desaparezcan las señales!

Nuestros padres, tan formidables en la lucha, como grandes y generosos despues del vencimiento, tenían á igual honor triunfar en los comba-

tes, que perdonar en la victoria: no veían enemigos sino mientras duraba la pelea, y los venían de dos maneras, con las armas y con el perdón: eran cautos, pero no suspicaces ni erueles: no hacían ciega confianza del vencido, pero tampoco le condenaban á esterminio, y si fuera mas remota la época de sus glorias, ó yo no hablase delante de los que las presenciaron, citaría por sus nombres mil ejemplos, y quizá en esta plaza se levantarían muchos diciendo: *yo soy ese*. Tal conducta ¿no es la reprehension mas elocuente de los encarnizados ódios, de las persecuciones incansables, no solo respecto de enemigos, sino aun de nuestros propios hermanos?

¿Qué les faltaba á nuestros libertadores en el seno de la quietud doméstica, para vivir considerados y felices, cuando á todos los gefes de la gloriosa noche del dia 15, sobraban reputacion y bienes de fortuna? ¿Qué pedían, ó qué podían apetecer para sí mismos, en lo público, si varios se hallaban ya en edades en que naturalmente el hombre sensato se ve poco distante del sepulcro, y no aspira á recargarse de cuidados; si los mas se veían en los términos regulares y comunes de sus respectivas carreras, y si todos, por hábito conaturalizado, contemplaban los puestos supremos como propios para hombres de naturaleza diferente? No ambicionaban, ciertamente, á brumar sus cabezas con las pesadas cadenas de oro y piedras, sino á que la mano de sus conciudadanos orlase sus frentes con una rama de arrayán enroscada, despues de imprimir en ellas el ósculo del

agradecimiento. Su patria, su adorada patria, el bienestar de sus conciudadanos, y la gloria de los héroes virtuosos, fueron el único fin de sus empresas, el solo objeto de sus sacrificios. Con este absoluto desprendimiento, con este amor patriótico purísimo, ¡qué contraste tan vergonzoso forman el inquieto aspirantismo que todo lo huella por medrar, y el apático egoísmo que en nada se interesa, y por nada se mueve!

¡O mengua, ó mengua! Vemos arder la patria, y en vez de salir á verter las aguas de la paz y reconciliacion, permanecemos inmóviles en nuestros domésticos rincones, esperando nos vengan á contar quienes fueron víctimas, y cuantos los objetos que se convirtieron en cenizas. Para servir y contribuir agotamos las fuentes de escusas y los arbitrios de ocultar. Nos llama la nacion á su servicio, creyéndose necesitada de nosotros, y la posponemos á nuestras comodidades privadas. ¿Es este el civismo republicano? ¿Así imitamos á los que todo lo perdieron por nosotros? ¡Ab! ¡Como temo que los que los trataron y nos comparen, puedan decir con razon y verdad: *non iis juvenis horta parentibus*: no sazonaron estos los frutos que sembraron aquellos, ni consumaron su gloria y sus designios.

En fin, compatriotas: los héroes, á quienes debemos el poderñós reunir anualmente en esta augusta ceremonia, ya no ecisten: enmudecieron los lábios que nos alentaban á vencer: de los nerviosos brazos, terror de nuestros enemigos, solo nos quedan huesos descarnados: y ¡ó dolor! no



fué la poderosa mano de los tiempos la que cortó el hilo de sus preciosas vidas: ellos las hubieran respetado, y aun vivirían entre nosotros, para nuestro consuelo y enseñanza: ministros de la tiranía, manos movidas por el genio del mal, fueron las que segaron sus gargantas. Sus miembros palpitantes, dispersos aquí y allí, en la caliente arena, aunque no claman por venganza, pasión que no abrigaron esas almas grandes, nutridas con la leche evangélica, pero sí predicar escarmiento: oigamos sus últimas lecciones, que siempre en la boca de un padre son muy interesantes.

„Hijos, nos dicen, morimos sin gustar el fruto de nuestros trabajos; pero ya quedais libres. Vuestros antiguos dominadores beben nuestra sangre, pero ella va á infundirles el narcotismo eterno de que no despertarán jamás para volver á haceros daño: nos sacrifican, pero quedan vencidos: os hacen verter lágrimas, pero serán las últimas. Advertid que no son ellos los que nos han traído al término de una muerte inmadura: su poder, aunque tan arraigado, ha días que hubiera desaparecido de entre vosotros, como el polvo al ímpetu del Bóreas, si vuestros hermanos, fascinados no les hubieran prestado sus auxilios, y hecho tan tenáz resistencia á la salvación que les procuramos y conseguimos, mal su grado. Ellos.... pero no los culpeis; todas las supercherias del fanatismo, todas las preocupaciones de la niñez, todos los prestigios del poder, y todas las vendas de la ignorancia se les han echado, á puños, en los ojos y mentes, para que no viesen

en nosotros sino sacrilegos atentadores contra Dios y contra sus hechuras. La sangre que nosotros derramamos vá á limpiar el polvo de sus ojos: las lágrimas del arrepentimiento los purificarán como el cristal: ellos serán vuestros mejores y mas ardientes ciudadanos; y de hoy mas, ni uno siquiera, sí, ni un solo mejicano dejará de detestar la dependencia de estrangero dominio. El tiempo vuela, y llega ya el momento en que las riberas del Pánuco lo acreditarán sin dejar duda. ¡Cuidado, pues, caros hijos, cuidado con volver á dividiros!: la obra que se prolongó por vuestra desunion, no se ha de consolidar en medio de ella, y tornará á destruirse si ella volviere á renacer.”

¿Ois, ois, conciudadanos míos? No es de mi boca de donde sale esta leccion, sino de esas tumbas sagradas, objeto de nuestra veneracion y amor filial: cada uno de los huesos que encierran lanzaeste mismo grito, y todos á una nos predicán fraternidad y union. ¿Seguirémos, á pesar de esto, separados en bandos, formando partidos encarnizados, maquinando en sacrilegos y nocturnos clubs los medios de destruirnos?

No: baste ya de hacer derramár lágrimas á nuestra dulce patria: harto tiempo la hemos tenido cubierta de luto y sumergida en el dolor, por nuestras divisiones y enconos: bastantes hijos le hemos hecho perder, que hubieran sido sus delicias. No se diga que solo aprendimos de nuestros libertadores á vencer, pero nunca á vencernos. Vuelvan los dias de gloria que ellos nos procuraron: corra cada uno al puesto, de

su destino, y en él, sin aspirar al de los otros, labre su ventura y la de la nación: cese ya esa volubilidad turbulenta que á cada hora derroca el ídolo que habia incensado en la anterior. Todo nos convida hoy al triunfo sobre nuestras pasiones: los males de la pasada esclavitud nos aconsejan union, si no los queremos volver á soportar: los bienes de la primera época de nuestra libertad nos dicen que no tornarán nunca, si nuestras desuniones no cesan: ellas alentaron al temerario gobierno de España para probar fortuna y querer de nuevo subyugarnos, y si, merced á nuestros bravos, quedó escarmentado y vencido en Tampico, tornará á la empresa siempre que subsista la causa de su halagüeña tentacion. El glorioso grito de Jalapa, reuniendo en derredor de la ley, de la justicia y la razon, á todos los buenos ciudadanos, ha hecho ya honroso el obrar bien, y facilitado sus caminos. Un gobierno paternal, activo y vigilante protege, con mano fuerte, los derechos del ciudadano, atemoriza y reprime al perverso, restaura el perdido crédito de la nacion, inspira confianza dentro y fuera, y se desvive por nuestra felicidad, en todas líneas. ¡Sus! ues, coloquémonos firmes en torno suyo, sosteniéndole y trabajando con él, en dar impulso á la agricultura, comercio, artes y minería.

Sobre todo, compatriotas, queridos de mi corazon, á par que los pedazos de él que me ha dado la naturaleza por hijos, volémos hoy á esas tumbas sacras, en que reposan nuestros pasados héroes, y despues de unir al frio mármol de sus

lápidas mil veces nuestros labios, y de regarlas con el llanto, jurémos ante sus huesos respetables, y ante el Eterno, que un día los ha de revestir con la propia carne de que los despojó la muerte, jurémos que el 16 de Septiembre de 1830 terminarán para no renacer jamás, nuestros ódios, y nuestras pasadas disensiones: jurémos sepultarnos primero bajo los escombros de la patria, que volver á las rotas cadenas, ni depender de otra nacion alguna: jurémos tener por enemigo á todo y solo al que nos pretenda arrebatarnos nuestra adorada independencía. Sean esas tumbas las aras donde sacrificuemos el egoismo, la ambicion y otras pasiones viles, en honor de nuestros libertadores y padres: démos esto poco, y por nuestro interés, á quienes nos dieron tanto y tan liberalmente: cooperémos á aumentar el descanso á los manes de los que bajaron al sepulcro por hacernos felices. Imitémos de hoy en adelante sus virtudes; y nuestro respeto á la religion, á la moral y á las leyes, nuestra obediencia á las autoridades, nuestro desinteresado patriotismo, nuestra cordial union, el ejercicio de la hospitalidad y demás virtudes morales y cívicas, hagan resaltar la gloria de nuestros héroes en cuantos países visita el Sol en su carrera, y que se bendiga su nombre en todas partes. ¿Lo haréis?: Si, sí: y este día será reconocido de las generaciones venideras con el dulce sobrenombre de: *Día de la reconciliacion fraternal*. Sea ella inalterable como nuestras montañas, y duren á igual de ellas *la república y el imperio del órden y las leyes*.